

BICHARA KHADER

Hacia un nuevo diálogo cultural euromediterráneo

La relación cultural euromediterránea y euroárabe atraviesa un momento crítico y está marcada por las deformaciones de la realidad, visiones distorsionadas y estereotipos y percepciones negativas que enturbian seriamente las relaciones de vecindad. El rechazo y el desconocimiento del otro se presentan en ambas orillas del Mediterráneo. En un lado, la sensación de injusticias permanentes y de atropello cultural; en el otro, visiones del Islam como una religión de violencia o discursos que interesadamente manipulan el fenómeno de la inmigración, especialmente árabe y musulmana, planteándola como un peligro. En un contexto de vecindad y en un mundo cada vez más conectado a todos los niveles, esto supone riesgos para el futuro que es necesario atajar cuanto antes. Una nueva y auténtica plataforma cultural para el conocimiento mutuo y el intercambio es hoy más necesaria que nunca.

Bichara Khader es director del Centro de Estudios sobre el Mundo Árabe Contemporáneo de la Universidad Católica de Lovaina.

Diálogo cultural y representaciones colectivas

1. Más allá del entusiasmo lírico que se desprende en las grandes reuniones diplomáticas sobre “la solidaridad y la fraternidad euromediterráneas”, la realidad es desoladora: la relación cultural euromediterránea y euroárabe está resquebrajada, partida. Esta situación ya no es sostenible. Por tanto, es absolutamente necesaria una plataforma cultural en el Mediterráneo, hoy más que nunca. Es hora de romper con las retóricas inculporatorias y las polaridades negativas y antagonistas y de rechazar las ideas preconcebidas y los análisis simples, que imputan a una cultura o religión la causalidad inmediata de los problemas económicos, sociales y políticos que atenazan, sobre todo, la orilla sur del Mediterráneo, y envenenan las relaciones de vecindad. Estos análisis que se sitúan fuera de la historia, la geografía y las ciencias humanas conducen inexorablemente a una simplificación peligrosa de las verdaderas herencias de una larga historia, en la que los vencedores de la geopolítica ejercieron su fuerza sin medida.

2. Un auténtico diálogo cultural entre los pueblos del Mediterráneo no puede abordarse sin una lectura crítica de una historia común, pasada y reciente, para comprender la construcción de los imaginarios colectivos a ambos lados. También, y especialmente, sin la función instrumental de una lectura del pasado que procede de una voluntad de sacralizarlo más que la necesidad de superarlo, para imaginar un futuro solidario en el Mediterráneo.
3. El diálogo cultural pasa en primer lugar por el trabajo de los historiadores, para cerrar las páginas sombrías de la historia e inventar una nueva modalidad de convivencia. Pero resultará en vano pretender cerrar el pasado antes de haberlo abierto a todos, ya que la batalla del futuro también se libra sobre el terreno del pasado.
4. Desde este punto de vista conviene analizar correctamente, por un lado, la construcción histórica de las representaciones colectivas y la relación con la alteridad, a ambos lados del Mediterráneo y, por otro, preguntarse cómo inscribir las referencias al pasado en una dinámica de coexistencia pacífica y no en una dinámica de “revancha” y violencia. De forma paralela a estas dos cuestiones, resulta imperativo proceder a un trabajo de “memoria” para evitar una instrumentalización del pasado en los combates políticos actuales.
5. La relación cultural entre Europa y el sur de la misma, sobre todo el árabe-musulmán, está marcada por una serie de estereotipos y representaciones negativas. El estereotipo obedece a un proceso simple de fabricación: la confusión de lo accesorio y lo esencial, de lo general y lo concreto y, en el ámbito sociológico, de lo singular y lo colectivo. Portador de una definición del “Otro”, el estereotipo es el enunciado de un saber colectivo que pretende ser válido en cualquier momento histórico. Por ejemplo, poner a ciertos pueblos del Sur la etiqueta de fanáticos, integristas y terroristas se corresponde perfectamente con imágenes estereotipadas que desvelan el rechazo al diálogo y, sobre todo, una cultura tautológica en la que se excluye cualquier análisis crítico, en beneficio de ciertas definiciones “esencialistas”.
6. Paradójicamente, cuanto más cercano está alguien, más estereotipos alimenta. ¿Por qué el Oriente turco-árabe obsesiona a Occidente desde hace tanto tiempo? Sin duda, porque es la “diferencia de lo más cercano”, “el extranjero más íntimo”. Un elemento constitutivo del Yo europeo. Comprenderlo es romper con esos binomios traumatizantes (Oriente/Occidente, Islam/Cristianismo, Norte/Sur, lo Semejante/lo Diferente, Ellos/Nosotros) para inventar nuevas modalidades de convivencia mediterránea.
7. En Europa, el problema de la alteridad (árabe y musulmana, sobre todo) se plantea de forma aguda, precisamente a causa de las complicidades de la historia y de la proximidad geográfica. Catorce siglos de continuos roces entre el Islam y Europa han producido un imaginario colectivo europeo que

continúa, hasta hoy mismo, intoxicando las relaciones entre ambas orillas y entorpeciendo la comunicación intercultural. Un buen número de los estereotipos actuales son heredados del periodo colonial (fanatismo, rechazo de los valores occidentales y la supuesta incompatibilidad del Islam con el desarrollo y la democracia). La percepción se volvió aún más negativa tras el fin del sistema bipolar. Al peligro amarillo (japonés o chino), al peligro rojo (la Unión Soviética), parece seguir, en las mentes occidentales, el peligro verde, el del Islam, como si Occidente sólo pudiera afirmarse oponiéndose. De esta forma, Oriente —sobre todo el mundo árabe—, se convierte en sinónimo de amenaza, en la más pura lógica de los que ensalzan el choque de civilizaciones. Y lo que resulta aún más preocupante: para comprender la violencia que hace estragos en el mundo árabe, se recurre al Corán. Se recuerda hasta la saciedad la importancia de la *yihad* (traducida de forma abusiva como guerra santa) en el Islam, y se insiste en la propensión de los musulmanes al terrorismo. Para explicar la violencia y el fanatismo bajo otros cielos (Irlanda, India, Colombia, España o África) contribuyen todas las ciencias humanas. Pero en el imaginario colectivo occidental, el Islam (el Oriente árabe en concreto) es una especie de “agujero negro”, una “zona de tinieblas” insondable. Lo que allí ocurre, dicen, no es más que el mal, la barbarie y el fanatismo.

8. Estas representaciones denotan una indignancia de pensamiento y una postura perezosa y cómoda, pero especialmente perniciosa. El papel de los medios de comunicación (y del mundo del cine y de la canción) en la reproducción de esos estereotipos no puede pasarse por alto. Refleja la dictadura que ejercen los audímetros sobre la información y que, con frecuencia, obliga a los medios a servir la misma comida, aderezada con clichés y frases hechas que abren unas brechas irreparables en la coexistencia armoniosa entre los pueblos y en el interior de cada uno de los estados.
9. Se impone con urgencia entender a Oriente (árabe y musulmán) de otra forma que no sea en términos de amenaza o invasión. Dichos fantasmas, se expresan, desgraciadamente en las novelas, los panfletos, incluso en los trabajos universitarios. La colaboración euromediterránea, iniciada en 1995, no parece haber exorcizado los temores de Europa. Por otra parte los discursos alarmistas sobre la inmigración, sobre todo la ilegal, tienden a transformar el Mediterráneo, rodeado de cordones sanitarios que separen la Europa “civilizada” de los “alborotadores” del Sur. En resumidas cuentas, la reactivación del mito “neoandaluz” (evocación del periodo andaluz de coexistencia entre las tres religiones monoteístas) y toda la retórica sobre el “Mediterráneo reinventado” no deben ocultar el hecho innegable que revelan los sondeos de opinión: la percepción negativa del Islam y de los demás árabes en todos los países de la Unión Europea.
10. Desde este punto de vista, acoger en la Europa del mañana un país de gran mayoría musulmana (Bosnia, por ejemplo) no sólo ayudaría a cam-

*Se impone
con urgencia
entender a
Oriente
(árabe y
musulmán) de
otra forma
que no sea en
términos de
amenaza o
invasión*

biar el paisaje de las representaciones geopolíticas del Mediterráneo “rompiendo la idea de una fractura étnico-religiosa en dicha región”, sino que también supondría un magnífico elemento pedagógico para el diálogo cultural.

11. El trabajo de deconstrucción del imaginario colectivo negativo sobre el Otro debe también aplicarse a los países del sur del Mediterráneo, sobre todo a los países árabes. Al igual que los europeos, ellos también tienen una visión deformada, especialmente sobre el Occidente próximo y lejano. Obviamente esta visión no es unívoca, puesto que Occidente fascina y repugna a la vez (ya que al mismo tiempo es afectuoso y repudiador). Atrae por su arte de gobierno, las libertades de sus ciudadanos y los avances técnicos, económicos y sociales, y repugna por el hecho de que se percibe demasiado seguro de sí mismo y dominador.

12. Hoy en día el mundo árabe vive en una situación defensiva tal que ningún esfuerzo serio de autocrítica parece posible, tal es la preocupación por afirmar una identidad que se considera constantemente agredida. De hecho, cuando se leen textos árabes sobre la identidad, llama la atención constatar que no es tanto la identidad en sí lo que preocupa, sino la identidad en relación con los demás: con Israel, Europa, Occidente, con los no-musulmanes y con los países vecinos no-árabes. Es el binomio “yo-el otro” el que define la identificación cultural árabe, como si la existencia del otro presupusiera la conciencia de sí mismo, como si el otro (en este caso, Occidente) fuera en realidad un segundo yo mismo. Todo esto lleva a una paradoja: el mundo árabe pretende ser el artífice independiente de su propia historia, pero al mismo tiempo se manifiesta como “incapaz de pensarla de otra forma que no sea en referencia a ese Otro que se combate”. Así, la escritura histórica del Sur permanece prisionera del yugo étnico, que desemboca en una sobrevaloración del pasado “glorioso” y en una cultura “victimaria” que pone trabas a un discurso innovador.

13. La historia del mundo árabe ha estado jalonada desde hace varios siglos por acontecimientos dolorosos de los que Europa no puede quedar eximida de responsabilidad: expedición de Napoleón en Egipto y Palestina 1798-99, balcanización del mundo árabe en el periodo colonial, colonización de Argelia, establecimiento de un estado judío en el corazón del mundo árabe (1948), guerra de Suez (1956), sin contar con todas las demás guerras que han ensangrentado sus poblaciones en el transcurso de las últimas décadas. Que Occidente, desde hace varios siglos, ha dominado, ocupado y dividido el espacio árabe y ha adquirido una superioridad técnica, científica y militar está fuera de toda duda. Que Occidente haya sido, hasta hace poco, menos sensible al sufrimiento del pueblo palestino y que haya pretendido defender sus intereses, aunque fuese al precio de ignorar los intereses legítimos de los árabes (en África del Norte y en Oriente Medio) son, para la mayoría de los árabes, las pruebas fehacientes.

14. Pero lo que resulta pernicioso en cualquier representación colectiva, sobre todo la que tienen los árabes con respecto a Occidente, especialmente Europa, es el fantasma de la conspiración, como si la única preocupación de Occidente fuera sojuzgar a los árabes para tomar el control de su espacio y sus recursos. Esta actitud, que podría explicarse en parte por la relación pasada entre Europa y el mundo árabe, entraña sin embargo el riesgo de una tirantez doctrinal, de una crispación irreversible de las posturas, incluso de una escalada de la violencia que no beneficia a nadie. Y eso sin contar con que una actitud de oposición sistemática que se nutre del sufrimiento pasado no permite pensar en el futuro mediterráneo en términos de buena vecindad.
15. La reafirmación identitaria es sin duda una de las formas de resistencia cultural de árabes y musulmanes. Pero no debe necesariamente implicar el rechazo hacia el Otro, sobre todo hacia Occidente. Al contrario, debe tender aún más a valorar su propia herencia, enriquecida por la contribución positiva de otras culturas y la negociación de una nueva relación con Europa, basada en el respeto mutuo.
16. Dichas consideraciones sobre las representaciones colectivas no sólo plantean la relación con el otro sino la relación de cada cultura con el pasado y la memoria. Porque las identidades mediterráneas constituyen una acumulación de experiencias que echan sus raíces en el fondo de la historia, de traumatismos antiguos y más recientes, de heridas aún abiertas; se trata de comunidades encerradas en su propia desgracia. El testimonio de la memoria es tan fuerte, de Serbia a Argelia, pasando por Bosnia y Palestina, que los pueblos del Mediterráneo parecen anclados en su pasado, de modo que se tiene la sensación de que el pasado ha secuestrado al futuro, sobre todo cuando aquél está salpicado de terribles sufrimientos, o al contrario, está adornado hasta el punto de representar una especie de referente histórico.
17. Sin duda alguna los pueblos tienen una memoria colectiva y ésta es un elemento constitutivo de la identidad. Sin embargo, hay que velar por que la fidelidad a una memoria construida no choque frontalmente contra el saber histórico controlado. El diálogo cultural en el Mediterráneo, ya sea entre su orilla norte y sur o incluso en el interior de cada estado, pasa por un trabajo sobre la memoria para integrar la memoria del Otro. Esto se puede aplicar a los países de la ex Yugoslavia, pero sobre todo al conflicto árabe-israelí, que estructura la problemática relación entre los árabes (e incluso los musulmanes) y Occidente en el sentido más amplio, y que sigue siendo un obstáculo fundamental para un diálogo cultural renovado. Este conflicto permanecerá sin solución mientras no se establezcan claramente las responsabilidades en tragedias cuyo poder traumático no depende únicamente del recuerdo, sino de la vivencia cotidiana de las poblaciones afectadas.
18. Reconocer el sufrimiento del Otro resulta primordial no sólo por su valor “terapéutico” (efecto de cura), sino por su valor restaurador (rectificación de los

Los pueblos palestino e israelí, encerrados en el círculo infernal de la violencia, deben inventar otro camino emancipador para salir de la vorágine

errores cometidos) y liberador (liberación de la historia de las trampas de la memoria instrumental). Reconocimiento de los errores, reparación, reconciliación y perdón: así es la nueva utopía mediterránea capaz de extraer a los pueblos de su victimología.

19. La persistencia del conflicto árabe-israelí no sólo produce efectos devastadores sobre los imaginarios cruzados, sino que ha llevado a sus protagonistas, sobre todo desde 1948, a construir una legitimidad que niega radicalmente la del adversario. Sin embargo, los pueblos palestino e israelí, encerrados en el círculo infernal de la violencia, deben inventar otro camino emancipador para salir de la vorágine. Esto pasa en primer lugar por la subversión de la lógica que desde hace tanto tiempo estructura sus relaciones: la negativa, de la fuerza y el poder. Israel, puesto que ha sido el vencedor de la geopolítica, debe hacer gala de una gran audacia para integrar la historia del Otro, la de los palestinos. Todo ello implica otra lectura histórica y la revisión de buena parte de sus mitos fundadores.
20. En cuanto a los palestinos, no pueden seguir batiéndose con clichés del tipo: "Israel acabará por desaparecer, como desapareció el reino latino de los Cruzados". Los mitos movilizan a las masas pero inmovilizan el pensamiento y ponen trabas a un discurso adecuado. Ha llegado el momento de esforzarse por lograr despertar la conciencia crítica, mejor informada sobre los auténticos desafíos y opciones. Este despertar va acompañado de una reflexión sobre sí mismo, para sojuzgar el pasado e inventar el futuro. Los muertos deben ceder el paso a los vivos.
21. Huelga decir cuántos israelíes y palestinos tienen necesidad de otro planteamiento moral, otra relación con la memoria, otra consideración por el adversario y, sin duda, de dirigentes capaces de proponer a sus pueblos algo más que venganzas estériles y muros de separación.
22. El conflicto palestino-israelí enfrenta a dos pueblos de larga memoria, que reivindican, cada uno a su manera, una especie de monopolización victimaria. Resulta cómodo adoptar la postura de la víctima y justificar por las adversidades sufridas en el pasado o el presente un derecho prioritario a la compasión. Esta actitud no lleva a ninguna parte. Por eso, el reconocimiento del sufrimiento del Otro y los temores que lo atormentan es una condición esencial del encuentro lógico, la única susceptible de hacer replantearse el uso instrumental de una historia-alegato, invocada, con demasiada conveniencia, no tanto para aclarar el pasado como para afianzar el presente.
23. Si tiene tanta importancia una solución equitativa del conflicto palestino-israelí y, por extensión, del conflicto árabe-israelí, es porque dicho conflicto (más que los demás en el Mediterráneo) ocasiona un sufrimiento incalculable e injusticias flagrantes, tiene una secuela trágica desde hace más de sesenta años, sigue marcando de forma duradera la relación de Europa con el Medite-

rráneo del sur, salta de su espectro geográfico y envenena el clima en la región y en otros lugares, al mismo tiempo que contribuye en gran parte a la dilapidación de recursos considerables, humanos y financieros, tan necesarios para la construcción de un futuro compartido. El descarrilamiento del proceso de paz y el endurecimiento de las posturas bloquean cualquier avance significativo de la colaboración euromediterránea, sobre todo en el aspecto político y cultural. Y Europa es consciente de ello. Por ello debe multiplicar sus esfuerzos para ayudar a retomar el diálogo entre los adversarios, con el fin de forzar una solución pacífica en la que se respeten las resoluciones de Naciones Unidas.

24. Además, la solución equitativa del conflicto palestino-israelí será la prueba más dura de la política exterior y de seguridad común en el transcurso de los próximos años. Una solución que será valorada, entre otras cosas, a tenor de los resultados obtenidos en la negociación árabe-israelí .

Diálogo cultural y religiones

25. En la historia pendular del Mediterráneo, hecha de flujos y de reflujos, de conquistas y de reconquistas, de victorias y de derrotas, la religión ha servido a menudo de estandarte para galvanizar las energías (guerras santas), para movilizar a los hombres y para legitimar las empresas de conquista, de expansión, hasta de reconquista o de “regreso a la tierra ancestral”. Todo esto vale tanto para el Islam (con la expansión islámica durante los primeros siglos) y el Cristianismo (con las Cruzadas, la conquista de América y la colonización), como para el Judaísmo (con el establecimiento del estado de Israel en Palestina). Pero, si bien es cierto que la “religión” ha desempeñado y desempeña todavía un papel de legitimación y de movilización en las guerras pasadas y presentes, no es menos cierto que “la violencia religiosa” ha sido cebada más por las divergencias internas en cada religión monoteísta que por las divergencias entre religiones. Los trabajos de los historiadores y los análisis geopolíticos lo demuestran suficientemente.

En consecuencia, es necesario dejar de hablar a diestro y siniestro de “guerras de religiones” y zanjar esa retórica falaz y peligrosa sobre la “violencia estructural” consustancial a tal o cual religión. No hay “religiones de la espada” y “religiones de la paz”. Es el uso que hacen los hombres de ellas lo que las convierte en guerreras o pacíficas. Afirmar que la religión cristiana ensalza la tolerancia es hacer alarde de una gran amnesia histórica. Afirmar, de forma contraria, que el Islam no es más que fanatismo y violencia, es injuriar siglos en los que el Islam brilló en todo su esplendor por su creatividad y su tolerancia.

26. Dicho esto, es cierto que en el Mediterráneo se asiste, sobre todo desde hace un cuarto de siglo, al recrudecimiento de los integristas religiosos en el seno de las tres religiones monoteístas. Este extremismo refleja más la manipula-

ción de la religión que la vuelta a lo religioso y es, en todo caso, el producto de una época marcada por las incertidumbres, la carencia de sentido y una globalización mal controlada y, en cuanto a los países del sur del Mediterráneo, por las crisis económicas, el cierre de los sistemas políticos y las injusticias flagrantes. Sólo actuando sobre estos ámbitos se podría extirpar el extremismo religioso del interior de las sociedades que lo sufren y, por tanto, contribuir a una mejor seguridad en el Mediterráneo. Obviamente no se conseguirá nada desencadenando guerras sangrientas que sirven de excusa para nuevas formas de extremismo.

El diálogo interreligioso puede resultar igualmente útil. Pero no podrá aportar una contribución decisiva si no va acompañado de una enseñanza de la historia comparada de las religiones, de una ruptura con los discursos narcisistas y de una superación de los dogmatismos para entender al Otro, no como un adversario religioso, sino como un copartícipe en la construcción de la paz.

27. Occidente también debe realizar un esfuerzo de introspección y tal vez de replanteamiento, dejar de ver la cuestión “religiosa” en los sobresaltos del mundo y permitir a los Otros participar en la creación de un sentido. Todo ello requiere dejar a un lado las ideas superficiales sobre religiones “eternas” e “inmóviles” y trasladar el debate hacia el análisis sociológico, antropológico y político de las sociedades, sobre todo musulmanas, en la diversidad de sus trayectorias históricas. El objetivo sería demostrar, en oposición a los partidarios de la escuela culturalista, que no solamente las sociedades que bordean el sur y el este mediterráneos se transforman, sino que ofrecen una multitud de formas de articulación del aspecto religioso y de la política que permiten entresacar un espacio político, cuanto menos una laicidad, o secularización y, por tanto, democracia y pluralismo.

28. Admitir que las sociedades se transforman es también reconocer que el Islam interpretado y vivido, el Islam-contexto, no es siempre la copia calcada del Islam-texto. Nada más lejos. Históricamente, los dogmas se han reinterpretado en función de la evolución de las sociedades. La Iglesia del periodo de las Cruzadas, de la Inquisición y de las hogueras, no es la Iglesia del Vaticano II, de la oración ecuménica de Asís, etc. El Islam no es una excepción a la regla. Él también es capaz de abrirse a las nuevas ideas de libertad, de igualdad de sexos y de fraternidad entre todos los pueblos. Y precisamente porque esta modernización interna está en marcha, los integristas de toda calaña intentan desvirtuarla en un combate de retaguardia para preservar “el pedestal de la fe” y evitar “la pérdida moral” de las sociedades musulmanas. Considerar el Islam como “una religión retrógrada” y a las sociedades musulmanas como “sociedades petrificadas”, como se suele oír, no sólo es hacer alarde de desconocimiento de la historia comparada de las religiones sino, sobre todo, significa negar al Islam cualquier capacidad de adaptarse a las exigencias de los tiempos modernos. Sin embargo, el Islam se adapta. Pero como bien destaca un escritor árabe, su capacidad de adaptación va

en función de la percepción que tiene de sí mismo: cuando no es reaccionario o revanchista o víctima, el Islam está dispuesto a abrirse a las culturas vecinas, a nutrirse de las mismas y, a veces, a sembrarlas con su propia locuacidad. Cada vez que el Islam ha tomado conciencia del papel eminentemente positivo que podía desempeñar, su colaboración con la cultura universal ha sido inventiva, generosa y sin segundas intenciones. Partiendo del principio de que ninguna cultura crea una civilización sin fricciones con otras culturas, el Islam se perfecciona en el contacto con aquellos que lo respetan... Y al contrario, cada vez que se siente oprimido o infravalorado, se tensa por completo, dejando hablar a sus reminiscencias negativas y su amargura.

Migraciones y diálogo cultural

29. Las migraciones han marcado la historia de los pueblos europeos. Empujados por la miseria, la desgracia o el afán de conseguir nuevos horizontes, los europeos se dispersaron por los cuatro rincones del universo, sobre todo por el Nuevo Mundo. La industrialización del continente europeo invirtió la tendencia, sobre todo a partir de finales del siglo XIX. Polacos, italianos, españoles, portugueses y griegos salieron de su país para ganarse el pan en los países europeos de vieja industrialización. Aunque de religión cristiana, estos emigrantes tuvieron que someterse al duro aprendizaje de la vida en otras sociedades. La expatriación se vivía como una "prueba necesaria" y su vida de extranjeros no estaba libre de dificultades. Su integración no fue un mar de calma. Ellos también experimentaron la angustia y sufrieron la hostilidad del país receptor. El hecho de ser europeos y cristianos no los salvó de los prejuicios: en Francia y en otros lugares, ya por los años treinta parecía que eran demasiados, que hacían reinar un clima de terror, que no se integraban. El tiempo transcurrió. Y estos antiguos emigrantes europeos se fundieron en las sociedades que los acogieron.
30. La inmigración de los países musulmanes en Europa es más tardía: está relacionada con la descolonización, con la fase de reconstrucción europea tras la II Guerra Mundial y con el agotamiento de los yacimientos tradicionales de la inmigración intraeuropea. Esta inmigración puede ser paquistaní o india en Inglaterra, turca y kurda en Alemania, magrebí en Francia, Bélgica o en Holanda. Es trabajoso estimar el número, porque muchos de estos inmigrantes se nacionalizaron o nacieron como ciudadanos europeos, con lo que desaparecen en las estadísticas como extranjeros. Pero se puede aventurar la cifra de quince millones en una población europea de 380 y pronto, con las próximas ampliaciones, de 500 millones. De estos quince millones los magrebíes, o las personas de origen magrebí, representan entre cinco y seis millones.
31. Tras estas cifras, hay un cambio en la naturaleza misma del fenómeno migratorio, puesto que en cincuenta años se ha pasado de una inmigración

de trabajo (fundamentalmente masculina, concentrada en los núcleos duros de la industria o en las minas de carbón, y vivida como temporal) a una inmigración de instalación. Con el cierre de las fronteras europeas a nuevos flujos a partir de 1973 y las primeras medidas destinadas a regularizar a los inmigrantes, se produjo a un cambio cualitativo: feminización, rejuvenecimiento, visibilidad y aumento de la tasa de dependencia. También es un cambio cuantitativo, ya que la reagrupación familiar hace crecer el número de extranjeros, mientras que se desarrolla una inmigración clandestina que nada parece atajar: ni controles marítimos, ni la policía fronteriza, ni las medidas técnicas de vigilancia costera, como el costoso sistema integral de vigilancia del estrecho (SIVE), valorado en 66 millones de euros. En resumen, el proceso migratorio cambia de naturaleza.

32. Si la cuestión de la inmigración, sobre todo árabe y musulmana, interpela a los europeos es porque se ha convertido, especialmente desde 1973, en el "objeto privilegiado sobre el cual tiene lugar la proyección fantasmal de los problemas de las sociedades europeas", una proyección que desahoga con la inmigración las angustias de los europeos frente a las dificultades del presente y a la incertidumbre del futuro. Europa entera parece afectada por un reflejo del miedo frente a una inmigración vinculada al Islam. Quedaba patente antes del 11 de septiembre y todos los sondeos de opinión daban testimonio de ello. Aún más después del 11 de septiembre, donde la amalgama, en el ámbito popular, entre Islam y terrorismo, arraiga en los pensamientos. En realidad, parece que Europa se crispa ante la perspectiva de un mestizaje acrecentado y la percepción de un replanteamiento de su identidad y sus valores.
33. Esta angustia difiere en intensidad de un país a otro, pero afecta a todos los países enfrentados a la inmigración extranjera, sobre todo musulmana, y se traduce en una reacción xenófoba que no perdona ni en los países que antaño se citaban como ejemplo por su tolerancia (como España o los Países Bajos). Sin embargo, contrariamente al periodo anterior de las migraciones intereuropeas, el racismo actual ya no es un hecho marginal, sino un hecho social, que se centra sobre las diferencias supuestamente incompatibles y es favorecido por expresiones políticas, gracias a partidos de extrema derecha que demuestran su hostilidad extrema hacia los "extranjeros".
34. Más que otros "inmigrantes" (que sufren igualmente discriminaciones) los musulmanes y, sobre todo, los magrebíes de segunda y tercera generación son víctimas de un racismo ordinario "de piel". Integrados culturalmente, los jóvenes que no son ni inmigrantes (puesto que con frecuencia han nacido en Europa), ni extranjeros (puesto que suelen tener la nacionalidad), se sienten excluidos socialmente. Como si, cuantas más barreras culturales cayeran, más hubiera que inventar: el semblante (no es como nosotros), el origen (no es europeo de pura cepa), el Islam (es una amenaza para nuestra identidad). Este rechazo a la alteridad musulmana viene acompañada en la mayoría de las personas por una desconfianza, hasta un desprecio hacia la religión de los

jóvenes musulmanes. Estas actitudes, reaccionarias u hostiles, en muchos casos llevan a los jóvenes a replegarse sobre su cultura y herencia, provocándoles “desviaciones de identidad”, entre una comunidad de origen de la que se despegan (país de origen) y otra que no los quiere (país de establecimiento).

35. En el diálogo cultural entre la UE y el contorno mediterráneo, la inmigración constituye el mayor desafío, porque interpela al núcleo duro de la identidad europea y revela la relación problemática de la UE con la alteridad más próxima. La proliferación de partidos populistas y xenófobos, de los cuales algunos obtienen buenos resultados electorales, traduce las angustias ante el creciente mestizaje de las sociedades y la consolidación de la presencia “musulmana” en el corazón de las ciudades europeas. Sin embargo, Europa no puede encerrarse en sus miedos. La relación de Europa con su entorno inmediato condiciona su relación con el entorno lejano y viceversa. Una actitud más positiva sería esforzarse por hacer participar en la vida colectiva a todas las poblaciones que se encuentran instaladas de forma regular, sean cuales sean sus orígenes y sus confesiones. La integración es una necesidad política, social y cultural para evitar que se constituyan guetos étnicos de pobreza, de exclusión y de ciudadanía de segunda. Representa sobre todo una necesidad democrática, ya que postula que, a pesar de la diversidad de sus orígenes, tradiciones y creencias, los hombres pueden vivir juntos sobre un mismo territorio, respetando las normas comunes.
36. La integración significa también dejar de recurrir a tópicos que infunden terror, como el de la “invasión” de Europa por los pobres del Tercer Mundo o el de la “islamización” de Europa. En realidad, no se está produciendo una islamización de Europa sino más bien un desarrollo de un Islam europeo, con características propias que lo distinguen del Islam tal y como se vive en tierra musulmana. En primer lugar, se construye fuera de los países y culturas de origen, como una religión minoritaria, cuyos adeptos han dicho adiós al regreso y han optado por la instalación definitiva y que, además, piden ser considerados como ciudadanos en su totalidad, y no en parte. A continuación esta instalación perenne en un espacio laico europeo va transformando gradualmente el sistema de pensamiento de los musulmanes y sus comportamientos, especialmente en lo referente a sus relaciones con las sociedades receptoras y su vínculo con la religiosidad.
37. Así se esboza subrepticamente un acercamiento entre Islam y Cristianismo; y el Islam vivido en Occidente hace mayor hincapié sobre la fe interiorizada y la ética, independientemente de cualquier coacción social, cualquier extremo religioso o coerciones comunitarias.
38. Los países de la UE pueden fomentar aún más estas convergencias, que dependen de la experiencia religiosa en un entorno definitivamente laico, aunque sólo sea mediante la denuncia de las amalgamas entre el Islam (como religión) y los islamistas (como corrientes ideológico-políticas) o hasta los

*En el diálogo
cultural entre
la UE y el
contorno
mediterráneo,
la inmigración
constituye el
mayor desafío*

neofundamentalismos que reducen el Islam a los rituales y las prohibiciones. Una actitud acogedora, menos fría, más generosa, y que rompa con los discursos estériles sobre la “incapacidad de los musulmanes para integrarse”, emisiones destinadas al gran público sobre la vida de los musulmanes en Europa, una enseñanza del Islam en las escuelas y universidades... Todo ello daría lugar a un apaciguamiento de las relaciones entre las comunidades musulmanas y las sociedades receptoras y facilitaría sobremanera la integración de los musulmanes en el espacio público. Se trataría de un gran logro de Europa y una gran oportunidad para el Islam que se manifiesta en un espacio de libertad.

39. Insistir en una mejor integración de los musulmanes en el espacio europeo es importante porque ya se presiente el peligro que pueden constituir los recovecos colectivistas que, disfrazados de respeto por las identidades, pueden desembocar en sociedades tribalizadas y sociedades-mosaicos, en las que, por una especie de espacialización de las diferencias, acabaría por haber barrios enteros, hasta escuelas étnicas. No se trata de una perspectiva alentadora, ni a escala de las sociedades europeas ni a escala de todo el Mediterráneo.

Por un enfoque humanista

40. Todos los pueblos crean un vínculo con el pasado y el espacio. La función de la memoria (vínculo con el pasado) es precisamente volver sobre él para seleccionar los acontecimientos, gloriosos o traumáticos, que sirven de material para la creación identitaria. Por su parte, el territorio (vínculo con el espacio) aparece como fundador del orden político moderno, en torno a nociones como nación o soberanía. Y como repiten los geopolíticos contemporáneos, en la memoria selectiva, a veces deformada por el poder, el territorio es la referencia a partir de la cual el imaginario colectivo elabora una representación identitaria. De esta forma, en tanto que representación, la identidad es una creación social.
41. Remite a los vínculos con el pasado y con el territorio, pero también con la alteridad. Esto implica que cualquier definición identitaria es también una demarcación (nosotros somos nosotros) que desgraciadamente se ha transformado a menudo, al entrar en contacto con otras memorias, espacios e identidades, en una afirmación arrogante de superioridad del Uno con respecto al Otro. Los tres monoteísmos, nacidos en Oriente Próximo, han contribuido sobremanera por su monopolización de la verdad a la exclusión del Otro, reforzando “identidades asesinas”, por retomar el título de un libro de Amin Maalouf.
42. No obstante ¿se puede negar, hoy en día, que tanto individuos como sociedades desarrollan “identidades complejas y múltiples” bajo el efecto combinado del intercambio, de la inmigración o de la globalización ? El repliegue que se

constata a ambas orillas del Mediterráneo ¿no traduce en gran parte el miedo que se siente frente a la “amenazas” del mestizaje, inducido por la circulación de las ideas, los productos y sobre todo los hombres? Nociones como “choque de civilizaciones” o las de los ejes “del bien” y “del mal” (más pernicioso si cabe) ¿no pretenden recrear líneas de fractura y fronteras balizadas entre “Ellos y Nosotros”, es decir, recortar artificialmente las fronteras culturales, mientras que, por definición, las culturas son siempre híbridas, mestizas? Que partidos de la extrema derecha o incluso grupos integristas se adhieran a dichas divagaciones apenas sorprende, puesto que para ellos la identidad no sólo se ve como un sentimiento de pertenencia, sino también como una bandera bajo la cual se combate.

43. Hay que tener todos estos elementos en mente para comprender la degradación del clima cultural entre las dos orillas del Mediterráneo y hacer alarde de todas las energías posibles para una nueva pedagogía de la concordia y la comprensión. Si no se retoma un enfoque humanista la situación no hará sino empeorar, y puede derivar en posturas de hostilidad. Todo esto no quiere decir que haya que olvidar y borrar de un trazo todos los malentendidos legados por una larga historia. Pero el planteamiento humanista exige cesar, en cualquier parte, de “fabricar” enemigos imaginarios y de demonizar a sociedades enteras, incluidas las “religiones”, atribuyéndoles responsabilidades colectivas por las actuaciones reprobables de algunos de sus miembros y adeptos.
44. Por tanto, alejar los estereotipos, denunciar las desviaciones de comportamiento o de lenguaje, extirpar el extremismo de nuestras sociedades, es un combate que hay que librar en común. El norte del Mediterráneo y Europa entera necesitan otro enfoque sobre la alteridad, y el sur del Mediterráneo otra gestión del pasado, una apertura diplomática y una nueva gobernanza para enfrentarse a los desafíos del tercer milenio.
45. Todo lo anterior lleva a estas tres últimas reflexiones: a) si no hay desarrollo sin arraigo, tampoco hay civilización sin apertura; b) el Mediterráneo es demasiado estrecho para separar y demasiado ancho para confundir y c) la tercera se toma prestada de Octavio Paz: “Toda cultura nace de la mezcla, del encuentro, de los choques. Por el contrario, a raíz del aislamiento mueren las civilizaciones”.